

nuestra alma vive, obra y ejercita todas sus facultades, ni más ni menos que cuando velamos; y si bien lo hace de una manera más blanda y borrosa, no es hasta el extremo que la diferencia sea como la que va de la noche á una claridad viva, sino más bien como la que existe entre la noche y la sombra. Cuando soñamos, el alma duerme; cuando estamos despiertos, dormita; más ó menos intensas, en las tinieblas se encuentra siempre, en las tinieblas cimerianas. Velamos dormidos, y velando dormimos. Yo no veo con tanta claridad en el sueño; mas por lo que toca al velar, jamás lo contemplo puro y sin nubes. El sueño en su profundidad adormece á veces los sueños mismos, pero nuestro velar no es nunca tan despierto que disipe y purgue los ensueños, que son los sueños de los que velan, ó peor aún. Reconociendo nuestra razón y nuestra alma las quimeras é ideas que engendramos en el sueño, aceptándolas lo mismo que los actos que realizamos cuando despiertos, ¿por qué no ponemos en duda si nuestro pensar y nuestro obrar son otro sueño, y nuestro velar alguna manera de dormir?

Si los sentidos son nuestros primeros jueces, no son sin embargo los que exclusivamente debemos llamar á consejo, pues en tal facultad los animales tienen tanto ó más derecho que nosotros. Es evidente que algunos tienen el oído más agudo que el hombre, otros la vista, otros la sensibilidad, y otros el tacto ó el gusto. Decía Demócrito que los dioses y las bestias estaban dotados de facultades sensitivas mucho más perfectas que el hombre. Ahora bien, entre los efectos de los sentidos de aquéllas y los nuestros la diferencia es extrema; nuestra saliva limpia y seca nuestras llagas, pero mata á la serpiente:

Tantaque in his rebus distantia, differitasque est,
Ut quod aliis cibus est, aliis fuit acre venenum,
Sæpe etenim serpens, hominis contacta saliva,
Disperit, ac sese mandendo conficit ipsa ¹:

¿cuál será, pues, la cualidad que aplicaremos á la saliva? ¿según las propiedades que en nosotros produce, ó conforme al resultado en la serpiente? ¿por cuál de los dos casos fijaremos la verdadera esencia que buscamos? Plinio afirma que en las Indias hay ciertas liebres marinas cuya carne es para el hombre venenosa, y el hombre es á su vez veneno para ellas, pues con el solo contacto las mata; ¿quién será en este caso el verdadero veneno, el hombre ó el pez? ¿á quién habremos de dar crédito de eficacia destructora, al pez, que es veneno para hombre, ó al hombre, que es veneno para pez? Ciertos miasmas dañan al hombre que no perjudican al buey; otros dañan al buey y dejan libre al hombre;

1. La diversidad y aun la oposición en este punto es tal, que á veces lo que para unos sirve de alimento obra en los otros como activa ponzoña; la serpiente, por ejemplo, al contacto de la saliva del hombre muere destrozándose ella misma. LUCRECIO, IV, 633.

¿cuál de los dos miasmas será de naturaleza pestilente? Los que padecen de ictericia ven todas las cosas amarillentas y más pálidas que los que no sufren esta enfermedad:

Lurida prætereæ sunt, quæcumque tuentur
Arquat ¹.

Los que tienen el mal que los médicos llaman *hyposphagma*, que consiste en el esparcimiento de la sangre bajo la piel, ven todas las cosas rojas y sangrientas. Estos humores que así cambian las propiedades de nuestra vista, ¿qué sabemos si predominan en los animales y les son normales? Porque, en efecto, vemos unos que tienen los ojos amarillos, como nuestros enfermos de ictericia; otros que los tienen encarnados y sangrientos. Es verosímil que para ambos el color de los objetos difiera de como nosotros los vemos; ¿cuál será, por tanto, el verdadero? Porque no está palmariamente demostrado que la esencia de las cosas se manifieste exclusivamente al hombre: la dureza, blancura, profundidad, agrior y demás cualidades de las mismas tocan al servicio y conocimiento de los animales, de la propia suerte que á los nuestros; dióles la naturaleza la facultad de advertirlas como á nosotros. Cuando estiramos hacia bajo el párpado inferior, los objetos que se muestran á nuestra vista los vemos alargados y extendidos; algunos animales tienen los ojos así conformados. ¿Quién sabe si este alargamiento es la verdadera forma de los cuerpos y no la ordinaria con que ante nuestra vista se muestran! Si levantamos el mismo párpado inferior, los objetos nos aparecen dobles:

Bina lucernarum flagrantia lumina flammis...
Et duplices hominum facies, et corpora bina ².

Si tenemos alguna dificultad en los oídos ú obstruido el conducto de ellos, advertimos los sonidos de manera distinta á la ordinaria; por lo mismo los animales que tienen las orejas peludas, ó cuyo conducto auditivo es muy pequeño, no oyen como nosotros y acogen el sonido de distinto modo. En las fiestas y en los teatros vemos que colocando ante la luz de las antorchas un cristal de un color cualquiera, todo cuanto recibe la luz del mismo nos aparece verde, amarillo ó violeta:

Et volgo faciunt id lutea russaque vela,
Et ferrugina, quum, magnis intenta theatris,
Per malos volgata trabesque, tremantia pendet:
Namque ibi consessum caveai subter, et omnem
Scenai speciem, patrum, matrumque, deorumque
Inficiunt, coguntque suo fluitare colore ³.

1. Los enfermos de ictericia todo lo ven pajizo. LUCRECIO, IV, 333.
2. Nos parece ver en una lámpara dos focos de luz y en un hombre dos rostros y dos cuerpos. LUCRECIO, IV, 451.
3. Este mismo efecto producen los toldos amarillos, rojos y grises que para cubrir los grandes circos es costumbre colocar entre travesaños de madera, formando como un techo flotante: nótese que cuanto queda debajo, las figuras que aparecen en escena, hombres, mujeres y dioses, todo cambia de aspecto y parece teñido del color mismo de la tela. LUCRECIO, IV, 73.

Verosímil es que los ojos de los animales, que reconocemos ser de color diferente á los nuestros, les hagan ver los cuerpos del propio color que aquéllos.

Para darnos cuenta exacta de la operación que nuestros sentidos ejecutan sería pues menester primeramente que estuviéramos de acuerdo con los animales y luego con nosotros mismos, lo cual está muy lejos de acontecer, pues debatimos constantemente lo que otro dice, ve ó gusta; é igualmente que sobre todo lo demás, de la diversidad de imágenes que por medio de los sentidos formamos. Por virtud de la regla ordinaria de la naturaleza, oye y ve y gusta de distinto modo un niño que un hombre de treinta años; y éste diversamente que un sexagenario: son los sentidos más oscuros y opacos para los unos, y más abiertos y agudos para los otros. Recibimos las cosas distintas según nuestro estado y lo que las mismas se nos antojan; así que, siendo nuestra apreciación tan incierta y controvertible, no es raro que se nos diga que podemos reconocer que la nieve nos aparece blanca, pero que el sentar que por su esencia sea así en realidad sobrepasa nuestros alcances; de suerte que, permaneciendo sin dilucidar este principio, toda la frágil ciencia humana se la lleva el viento necesariamente. ¿En qué no dejan de contradecirse unos sentidos á otros? Una pintura parece de relieve á la vista, y al tacto sin ninguna prominencia; ¿podremos decir del almizcle que es agradable, ó ingrato, puesto que satisface al olfato y disgusta al paladar? Existen hierbas y ungüentos adecuados para una parte del cuerpo que aplicados á otra la hieren; la miel es grata al paladar y desagradable á la vista; en esas sortijas que están escopleadas en forma de plumas, á que llaman *Pennes sans fin*, no hay ojo por avizor que sea que pueda discernir la anchura verdadera, ni que acierte á librarse de la ilusión que nos las muestra ensanchándose de un lado y adelgazándose y estrechándose del otro, hasta cuando se las hace dar vueltas alrededor del dedo. Sin embargo, al tacto se nos presentan iguales en anchura por todos lados. Las personas que por aumentar su deleite se servían en lo antiguo de espejos propios para abultar y agrandar el objeto que ante ellos presentaban, á fin de que los órganos de que se iban á servir las placieran mejor merced á ese abultamiento ocular, ¿á cuál de los dos sentidos complacían, á la vista, que les representaba los órganos gruesos y grandes cuanto querían, ó al tacto, que se los mostraba pequeños é insignificantes? El pan que comemos, es simplemente pan, pero nuestro organismo lo transforma en huesos, sangre, carne, pelos y uñas:

Ut cibus in membra atque artus quum diditur omnes,
Disperit, atque aliam naturam sufficit ex se †;

1. Como el alimento que se distribuye por todas las partes de nuestro cuerpo desaparece transformándose en una nueva substancia. LUCRECIO, III, 703.

la substancia que chupa la raíz de un árbol se cambia en tronco, hojas y fruto; y el aire, siendo idéntico, truecase por la aplicación á una trompeta, diverso en mil suertes de sonidos; así que yo me pregunto: ¿son nuestros sentidos los que modifican de igual modo las cualidades diversas de los objetos? ¿ó son éstos los que así las tienen? Mayormente, puesto que los accidentes de las enfermedades, de las quimeras ó del sueño, nos hacen ver las cosas diferentes de como se muestran á los sanos, á los cuerdos y á los que velan, ¿no es verosímil que nuestra postura y nuestro temperamento naturales tengan también el poder de desfigurar las cosas acomodándolas á su condición, de igual suerte que las naturalezas trastornadas? ¿Por qué no ha de comunicar la templanza á los objetos alguna forma peculiar suya y lo propio la cualidad contraria? El paladar del inapetente aumenta la insipidez del vino, el del sano el sabor, el del sediento la exquisitez. Por consiguiente, acomodando nuestro estado las cosas á sí mismo y transformándolas al mismo tenor, desconocemos cómo son en esencia, pues todo llega á nosotros alterado y falsificado por los sentidos. Donde el compás, la escuadra y la regla no son exactos, todas las proporciones que de ellos se deduzcan, todos los edificios que se erijan según la medida de los mismos, serán también necesariamente imperfectos y defectuosos. La incertidumbre de nuestros sentidos trueca en dudoso todo cuanto nos reflejan:

Denique ut in fabrica, si prava est regula prima,
Normaque si fallax rectis regionibus exit,
Et libella aliqua si ex parti claudicat hillum;
Omnia mendose fieri, atque obstipa necessum est,
Prava, cubentia, prona, supina, atque absona tecta:
Jam ruere ut quædam videantur velle, ruantque
Prodita iudiciis fallacibus omnia primis:
Sic igitur ratio tibi rerum prava necesse est,
Falsaque sit, falsis quæcumque ab sensibus orta est †.

Y esto demostrado, ¿quién será apto para aquilatar este error? De la propia suerte que al contravertir sobre cosas de religión hemos menester de un hombre que no esté ligado al uno ni al otro bando, que esté libre de toda afección é inclinación, lo cual no acontece entre los cristianos, lo mismo sucede aquí, pues si el juez es viejo, no puede hacerse cargo de la vejez, siendo él mismo parte interesada en el debate; si es joven, acontece de igual modo; y lo

1. Si al construir un edificio nos ajustamos á un plano mal trazado y nos servimos de una escuadra irregular que no marca la dirección perpendicular que deben seguir los muros; y de un nivel que tampoco señala la línea horizontal, toda la construcción será viciosa y por necesidad insegura; todo estará inclinado, torcido y en desorden, desde los cimientos hasta el tejado; algunas partes del edificio parecerá que se están cayendo y otras se derrumbarán á causa de su mala construcción; así el conocimiento de las cosas es necesariamente falso, si son falsas las sensaciones que le sirven de fundamento. LUCRECIO, IV, 514.

mismo si es sano ó enfermo, si duerme ó vela. Precisaríamos uno exento de todas esas condiciones, á fin de que, libre de prejuicios, juzgara de las cosas como siéndole indiferentes. Un juez cuya existencia es imposible.

Para aquilatar las apariencias fenomenales de las cosas precisaríamos un instrumento que las midiera; para comprobar las operaciones de este instrumento hemos menester una demostración, y para convencernos de si ésta es exacta tendríamos que echar mano de otro instrumento, con lo cual hétenos ya en el limite á que nuestras invenciones pueden llegar. Puesto que nuestros sentidos no son capaces de detener nuestra disputa, encontrándose como se encuentran llenos de incertidumbre, menester es que la detenga la razón; ninguna podrá sentarse sin el concurso de otra, y hétenos de nuevo metidos en un círculo vicioso, que llegaría al infinito. Nuestra fantasía no obra sobre las cosas que la son ajenas, sino que recibe el concurso de los sentidos; éstos tampoco alcanzan las cosas que les son extrañas, sino solamente sus pasiones peculiares; de modo que la fantasía es sólo apariencia sin ser objeto y sólo contiene la pasión de los sentidos; aquella facultad y los objetos son cosa distinta, por lo cual, quien se deja llevar por las apariencias, juzga en presencia de cosa distinta. Decir que las pasiones de los sentidos llevan al alma las cualidades de los objetos extraños por semejanza, no es posible, porque ni el alma ni el entendimiento pueden certificarse de tal semejanza, careciendo como carecen de todo comercio con los objetos extraños. De igual modo que quien no conoce á Sócrates no puede decir al ver su retrato si se le asemeja. Así que, quien á pesar de todo quisiera juzgar por las apariencias, si quiere hacerse cargo de todas es imposible, pues se presentan en oposición las unas á las otras por sus contrariedades y discrepancias, como la experiencia nos lo acredita; ¿tendremos motivos para conjeturar que por virtud de algunas podremos colocar otras en su verdadero lugar? Para ello habría que comprobar la elección con otra elección; la segunda por la tercera, y así nunca acabaríamos. Finalmente, ninguna hay que sea constante en nuestro ser ni en los objetos; nosotros, nuestro juicio y todas las cosas mortales van rodando y corriendo sin cesar, de suerte que nada cierto puede sentarse de lo primero ni de las otras, estando el juez y la cosa juzgada en continuos mutación y movimiento ¹.

1. Bogamos en un vasto elemento, siempre inciertos y flotantes, empujados de un extremo al opuesto. Cualesquiera que sea el término donde pensemos asirnos y afirmarnos, al punto se tambalea y nos abandona; y si le seguimos, escapa á nuestras acometidas, se nos desliza y huye eternamente. Nada se detiene para nosotros. Este es nuestro estado natural, y sin embargo el más contrario á nuestra inclinación: ardemos en deseos por encontrar una postura firme y una última base constante, para sobre ella edificar una torre que se eleve al infinito; pero todo nuestro fundamento cruge, y la tierra se abre hasta los abismos. PASCAL.

Comunicación con el ser no tenemos ninguna, porque toda humana naturaleza está constantemente en el punto medio, entre el nacer y el morir; y no da de si misma sino una apariencia oscura y sombría, y una idea débil é incierta; y si por acaso fijáis vuestro pensamiento en querer que conozca su ser, haréis lo propio que si pretendierais coger un puñado de agua: á medida que la mano vayae apretando y oprimiendo lo que por naturaleza se escapa por todas partes, más irá perdiendo lo que quiere retener y asir. Así que, en vista de que todas las cosas están sujetas á pasar de un estado á otro, la razón, que en ellas busca una esencia real, se ve chasqueada constantemente, no pudiendo alcanzar nada de subsistente, porque todo ó comienza á recibir forma ó principia á morir antes de que sea nacido. Platón decía que los cuerpos jamás tenían existencia, y sí nacimiento, considerando que Homero hizo al Océano padre de los dioses, y á Thetis la madre, por estar en fluxión, transformación y variación perpetuos. Esta idea fué común á todos los filósofos anteriores á aquél, á excepción de Parménides, que consideraba las cosas como privadas de movimiento, á la fuerza del cual da suma importancia. Pitágoras sentaba que toda materia está sujeta á modificación y es caduca; los estoicos, que el tiempo presente no existe, y que lo que llamamos presente no es sino la juntura de lo venidero y lo pasado; Heráclito creía que nunca un hombre había entrado dos veces en el mismo río; Epicarmes, que quien pidió dinero prestado no lo debe ya después; y que quien la vispera fué invitado á almorzar al día siguiente ya no está convidado, en atención á que no son las mismas personas; cambiaron ya ¹, «y que una substancia mortal no podía hallarse dos veces en estado idéntico, pues á causa de la rapidez y ligereza del cambio, ya se disipa, ya se une, viene ó va; de manera que lo que comienza á nacer no alcanza nunca la perfección del ser, en atención á que ese mismo nacer nunca acaba y nunca se detiene como habiendo llegado al fin, sino que á partir de la semilla va constantemente cambiándose y mudándose de un estado á otro; como de la semilla humana se hace primero en el vientre de la madre un fruto informe, luego un niño ya formado, luego, fuera del seno, un niño que se cría mamando, después un muchacho, luego un joven, después un hombre cumplido, más tarde un viejo y al fin un anciano decrepito; de suerte que la edad y generación subsiguientes van constantemente deshaciendo y estropeando la que precedió:

Mutat enim mundi naturam totius astas,
Ex alioque alius status excipere omnia debet;

1. Todo este pasaje, á excepción de los versos de Lucrecio, lo transcribe Montaigne al pie de la letra de la traducción de Plutarco, de Amyot. (*Sobre la palabra El*, c. 12.)

Nec manet ulla sui similis res: omnia migrant,
Omnia commutat natura, et vertere cogit¹.

Neciamamente tenemos una sola especie de muerte, puesto que hemos pasado y estamos pasando por tantas otras; pues no solamente, como Heráclito decía, la muerte del fuego engendra el aire y la del aire engendra el agua, sino que con evidencia mayor podemos ver cosa idéntica en nosotros mismos; la flor de la edad muere y pasa cuando la vejez sobreviene, y la juventud acaba en lo mejor de la edad del hombre hecho; la infancia en la juventud, y la primera edad muere en la infancia, y el día de ayer en el de hoy y el de hoy morirá en el de mañana, y nada hay que permanezca ni que sea siempre uno. Que así acontezca, en efecto, pruébalo el que si nos mantuviéramos los mismos y unos no nos regocijariamos ahora con una cosa y luego con otra. ¿De dónde proviene que estimemos cosas contrarias ó las odiamos, que las alabemos ó las censuremos? ¿Cómo sentimos afecciones diversas y jamás pensamos de igual modo? Porque no es verosímil que sin mudanza adoptemos pasiones diferentes; y aquello que experimenta cambio no permanece uno mismo, y no siendo uno mismo cambia nuestra esencia pasando de un estado á otro. Por consiguiente nuestros sentidos se engañan y mienten, tomando aquello que les aparece por lo que es en realidad á falta de bien conocer lo que realmente es. Todo lo cual considerado, ¿qué podremos decir que sea la verdad? Aquello que es eterno, es decir, lo que jamás tuvo nacimiento ni tendrá tampoco fin; aquello á que el tiempo no procura mutación ninguna, pues es el tiempo cosa movable y que aparece como en sombra con la materia que se agita y flota constantemente, sin permanecer nunca estable ni permanente, aquello á que pertenecen estas palabras: *antes* y *después*, *ha sido* y *será*; las cuales desde luego muestran evidentemente que no es nada que exista, pues sería solemne torpeza y falsedad palmaria decir que subsiste lo que aun está por nacer ó que ya dejó de subsistir. Y en cuanto á estas palabras: *presente*, *instante*, *ahora*, por las cuales parece que sostenemos y fundamentamos la inteligencia del tiempo, al descubrirlo la razón destrúyelo instantáneamente, pues lo disuelve al momento, y el futuro y el pasado, como queriéndolos ver necesariamente divididos en dos. Lo propio acontece á la naturaleza, que es medida como al tiempo que la mide, pues nada hay tampoco en ella que permanezca ni subsista, sino que todas las cosas ó son nacidas ó nacientes, o encuéntranse

1. Todo en el universo cambia en la sucesión del tiempo; todas las cosas deben pasar por estados diferentes; nada se conserva perpetuamente idéntico á sí mismo. Todo pasa, todo cambia de constitución, todo está sujeto á metamorfosis. LUCRECIO, V, 826.

ya en el acabar. Por todo lo cual sería pecado decir de Dios, que es lo único que existe, que fué ó que será¹, pues estos términos son declinaciones, vicisitudes ó transformaciones de aquello que no puede durar ni permanecer en su ser, por donde precisa concluir que Dios sólo existe, y no conforme á ninguna medida del tiempo, sino según una eternidad inmutable é inmóvil, no medida por tiempo ni sujeta á declinación alguna; ante el cual nada existe, ni existirá después, ni será más nuevo ó más reciente; sino que es un Ser naturalmente existente que por un sólo *ahora* llena la eternidad, y nada hay que sea verdaderamente más que él solo, sin que pueda decirse ha sido ó será; que no tiene principio ni tendrá fin².

A esta tan religiosa conclusión de un hombre pagano quiero añadir solamente las palabras siguientes de otro de igual condición², para cerrar este largo y engorroso discurso, que me procuraría materia sin cuento: «Cosa abyecta y desdichada es el hombre, dice, si no eleva su espíritu por cima de la humanidad.» Concepto hermoso y deseo laudable, mas tan absurdo como lo uno y lo otro; pues pretender hacer el puñado más grande que el puño, la brazada mayor que los brazos, y esperar dar una zancada mayor de lo que permite la longitud de nuestras piernas es imposible y monstruoso; y lo mismo que el hombre se coloque por cima de sí mismo y de la humanidad, pues no puede ver más que con sus ojos ni coger más que con sus manos. Elevaráse si milagrosamente Dios le tiende las suyas, renunciando y abandonando sus propios medios, dejándose alzar y realzar por los que son puramente celestes. Incumbe sólo á nuestra fe cristiana y no á nuestra resistencia estoica el aspirar á esa divina y milagrosa metamorfosis.

1. Aquí Plutarco no hace sino transcribir y desarrollar estas palabras del *Timeo*: «Nos engañamos al decir, hablando de la eterna esencia, Fué ó Será; estas formas del tiempo no convienen á la eternidad. Es: he aquí su atributo. Nuestro pasado y nuestro porvenir son dos movimientos, y lo inmutable no puede ser de la vispera ni del día siguiente; no puede decirse que fué ni que será. Los accidentes de las criaturas sensibles no se hicieron para lo que no cambia, y los instantes que se calculan no son sino un vano simulacro de lo que es siempre.» (J. V. L.)

2. De SENECA, *Natur. quest.*, I, in *Præfatione*.